

Los esclavos

En la "esclavatura", esperando la libertad

Para los esclavos la espera de la libertad fue larga, mientras tanto tuvieron que hacer y soportar de todo. En primer lugar, tenían límites y prohibiciones variadas; por ejemplo, el usar determinadas vestimentas: lejos de esas imágenes escolares, los negros estaban por lo general harapientos o con alguna ropa vieja de sus amos. También les estaba vedado el entierro en ataúdes, lujo reservado exclusivamente para los blancos; y, por supuesto, el uso de armas de fuego o blancas.

Entre los muchos destinos de los esclavos había uno que, aunque cruel, resulta muy significativo por estar reservado exclusivamente para nenas, las únicas que podían ser *negritas del coscorrón*. Aunque medieval, el asunto era sencillo: la negrita debía acompañar a la señorita de la casa a todos lados cargando lo que fuera. Por ejemplo, si iban al templo llevaba la alfombra donde su ama se arrodillaría para rezar; en la casa cebaba mate o atendía cuanta orden y capricho hubiera, pero, sobre todo, debía permanecer cerca de la señorita a fin de estar disponible para recibir el coscorrón o el tirón de pelo con el que solían descargarse los nervios o las frustraciones.

El tiempo corre y para 1810 casi la cuarta parte de la población negra era libre (aunque generalmente de edad avanzada) porque habían podido comprar su libertad ahorrando centavo a centavo durante años de trabajos paralelos. Cuando la Asamblea de 1813 decreta la libertad de vientres, los hijos de los esclavos pasaron a ser considerados *libertos*, aunque debían permanecer en las casas de sus amos hasta que se casaran o cumplieran veinte años, los varones y dieciséis, las mujeres. Esta particular forma de "libertad" tenía, por otra parte, una cláusula bastante perversa: desde los 15 años hasta su liberación definitiva (es decir: el casamiento o la edad señalada anteriormente) además de continuar sirviendo como de costumbre a sus amos, debían pagarles a éstos últimos un peso por mes.

Para 1850, los censos estimaban que un 40% de la población porteña era negra o derivada de ella, pero en 1887 este número desciende al 2%. Al parecer, muchas son las causas de este brusco descenso, sin embargo, la más significativa es la relacionada con las guerras, sobre todo las de la Independencia. Citemos sólo un caso: cuando San Martín emprendió la campaña libertadora a Chile y Perú, partió con dos mil soldados negros de los que sólo regresarían ciento cuarenta y tres.

Esta merma tiene su causa principal en la cruenta batalla de Maipú cuando los regimientos de negros —provenientes en su mayoría de los cañaverales tucumanos y, por lo tanto, muy diestros en el manejo del machete— recibieron la orden de cargar a degüello contra la vanguardia española como si se tratara de cañas azucareras.

La ingeniosa estrategia —una de las muchas que San Martín solía pergeñar— estaba basada en el terror que debería causarles a españoles peninsulares, poco acostumbrados a los africanos, el hecho de que dos mil negros al grito "*querre achucha, toma pachuca*" rompieran las filas de sus mejores veteranos cortando cabezas a machetazo limpio.

Evidentemente el terror inicial logró un gran número de oficiales españoles menos, aunque también propició la reacción y la venganza. Resultado: el mejor triunfo del Ejército de los Andes se llevó casi el 80% del batallón de negros.

Ésta no fue la única batalla ni la única guerra del país en la que los negros desempeñaron el heroico papel de "carne de cañón" que ayudaría a muchos triunfos. Sin embargo, en

tiempos de paz, todavía era dado ver numerosos negros en la ciudad de modo que durante la gran epidemia de fiebre amarilla de 1870, fueron ellos los encargados de quedarse a cuidar las casas mientras los patrones huían hacia lugares más ventilados, hecho que diezmaría aún más el número.

Así llegamos a los finales del siglo XIX, cuando algunos costumbristas, memoriosos e historiadores se pusieron nostálgicos al recordar a aquellos negros porteños y escribieron cariñosos textos que poca cuenta dan de tanto sufrimiento, aunque sí de sus muchas virtudes y cualidades. Uno de éstos, José Antonio Wilde, señala que los negros eran longevos y lo confirma diciendo que por los años '80 era dado encontrar notas en los periódicos que informaban sobre la muerte de algún ex esclavo africano, dice: *"¡121 años! A esta edad ha fallecido anteayer, en el hospital de la ciudad de Dolores, el moreno Matías Rosas"*.

El agosto 3 de 1880 se puede leer en *El Siglo*, de Montevideo: *"Se van los negros viejos: día a día van desapareciendo, abrumados por la edad, los escasos representantes de la raza africana que pisaron este suelo con las cadenas de la esclavitud. Anteayer le tocó el turno a la reina de los banguela, Mariana de Artigas, quien contaba 130 años, y fue hallada muerta en su humilde lecho"*

Continúa E. Wilde: *"Hoy mismo existe entre nosotros María Demetria Escalada de Soler, esclava del general San Martín, a quien acompañó a Chile. Vive del corretaje, colocando sirvientes y de algunas pequeñas pensiones mensuales que ciertas familias le acuerdan; reside en la calle Moreno, una cuadra al oeste de la capilla italiana; tiene 105 años. El número ha ido disminuyendo y hoy los negros son relativamente escasos. Se ve acá y allá algún veterano como representante de la raza que se va: un monumento que el tiempo ha carcomido. Uno que otro de menos edad ocupa el pescante de algún carruaje lujoso, y un cierto número de negros, la mayor parte jóvenes, están empleados en calidad de sirvientes en las casas de Gobierno Nacional y Provincial."*

Vaya a saberse por qué les tocaba vivir tantos años, a lo mejor era una retorcida forma de compensarlos por haber perdido la libertad...

Bibliografía

La pequeña aldea, vida cotidiana en Buenos Aires 1810 - 1860

Raquel Prestigiacomo y Fabián Uccello, EUDEBA 1999